



EL PRIMER AMIGO.

ENRIQUE II EN EL MOLINO DE MANSFIELD.

Una aventura de Enrique II de Inglaterra celebrada en una antigua canción, recuerda su famosa cena de Enrique IV en casa del labrador Mleheu.

El hermano Enrique II era generoso, jovial, popular, y sumamente aficionado á la caza; un día en el bosque de Scherwood se extravió persiguiendo un jabali; su caballo le llevó lejos de sus cortesanos, y al acercarse la noche se halló solo en un sitio del bosque desconocido para él, y en que no había senda alguna.

Anduvo largo rato vagando por la espesura sin encontrar á nadie, hasta que un molinero con su borrico acertó á pasar por aquel punto.

—Buen hombre (le gritó el rey), suplícoos que me indiqueis el camino de Nottingham.

El molinero le miró á través, y sin contestarle aguijoneó con sus talones los costados de su cabalgadura.

—¿Sois sordo ó mudo? continuó S. M. hostigando por su parte el caballo.

—Bien, bien, amigo, murmuró el molinero; por cierto no me gusta que se burlen de mí. Vos sabéis vuestro camino como yo el mío.

—Por mi honor que no me burlo; y si vos no contestáis á lo que os he preguntado, tendré que pasar la noche bajo uno de estos árboles.

—Desgracia sería en verdad; pero no será la primera vez, según creo, que os ha servido de habitación el bosque.

—¿Por quién pues me tenéis?

—Por lo que sois, bizarro joven; pero os suplico que contengáis vuestro rebullo permaneciendo á una respetable distancia de mí.

Era evidente que el molinero pensaba hablar con un ladrón: el

joven príncipe, sonriéndose, procuró deshacer en parte su equivocación, y le aseguró que era un caballero.

—¿Vos caballero! replicó el molinero; me parece que tenéis traza de llevar toda vuestra hidalguía con vos, y si no me equivoco os veriais apurado para cenar esta noche con el dinero que contiene vuestra bolsa.

Efectivamente, el rey no llevaba bolsillo.

—Pero no importa, continuó el villano después de haber reflexionado un instante; quiero mas esponerme, á ser engañado que faltar á la caridad; además, pueda ser que me equivoque: seguidme, buen señor, Nottingham está muy lejos para que podáis llegar esta noche, y si verdaderamente sois un hombre honrado, no dormireis al raso.

—Soy un hombre de bien, podéis creerme; y en prueba de ello, lle aquí mi mano.

—Bueno, amigo mío, pero yo no acostumbro á dar mi mano en la oscuridad de la noche; luego nos veremos las caras y nos conoceremos.

Después de una media hora de marcha, el rey descubrió al pie de un monte una pequeña casita: la luz penetraba por las grietas de la puerta, y sobre la chimenea se veían volar algunas chispas; era la morada del molinero.

Apeáronse los dos, y al entrar el rey notó un fuerte olor á tocino cocido y se vió casi ciego por el humo: el primer cuidado del molinero fué el de examinar la fisonomía de su compañero.

—Por mi fé, dijo, que tienes una figura que me agrada bastante; ya no me parece tu traza tan ratera como la había creído; si no disgustas á la molinera, cenarás y dormirás en el molino. Enrique se había quitado cortésmente la gorra ó sombrero que llevaba, y estaba de pie con el mayor respeto ante la dueña de la casa, que trabajaba en limpiar un jarro de estaño.

—Es un pobre diablo, dijo por lo bajo el molinero á su mujer, y

pero un deber ofreciéndole hospitalidad; miróle; casi tiene el aire de un hombre completo; está bien educado, y se ve que sabe respetar á las gentes que valen más que él; la mujer tampoco parece que formó mala opinión de Enrique, porque le dirigió la palabra con mucho agrado.

—Seáis bien venido, le dijo, amigo mío; tenéis por casa un litro de paja fresca y dos sábanas nuevas.

Y por compañero nada; mento que á nuestro hijo Ricardo, añadió el huésped.

—Con tal que está limpio (y no lleva compañía), dijo la mujer.

—Si la lleva, gritó el robusto Ricardo, no quiero dormir con él.

La figura grotesca de este era tan singular y ridícula, que el rey no pudo contener la risa; pero lejos de incomodarse por ello, los buenos molineros estuvieron con él sumamente amables.

Pusieron sobre la mesa un pedazo de tocino, un (padding) corián, un plato de manzanas asadas y algunas botellas de cerveza; el rey, que jamás había tenido mejor apetito, bebía en el mismo jarro que sus huéspedes: los vasos los usaban en aquel tiempo solamente los ricos.

—A la salud! dijo el molinero, y á la de todos los hombres, añadió mirando con malicia á su compañera, que se dejan gobernar por sus mujeres!

—Gracias, dijo el rey; yo heído por Ricardo; estoy seguro que es un buen muchácho.

—No tanto hablar, interrumpió esta; bebe aprisa y pásame el jarro.

El molinero estaba cada instante más jovial y enteramente tranquilo de sus sospechas con respecto al extranjero.

—Mujer, dijo, ¿adónde más tienes que darnos? pienso que si quieres encontrarás todavía en la artesa algún trozo de caza.

La mujer no se hizo de rogar, y puso delante de su marido un pedazo de carne asada que fue bien pronto frinchada.

—Es delicioso, dijo el rey, atracándose en un manjar tan esquisito; ¿y en qué mercado lo venden?

—No somos tan tontos que lo compramos, contestó Ricardo, y sin embargo, lo comemos todos los días; el mejor mercado es el bosque de Schervood.

—Ah! dijo el rey, ¿sería esto cierto?

—Eves brujó, repuso el molinero en tono burlon; es preciso que vengas del otro mundo para creer que nos falte la caza teniéndola tan cerca: un hombre honrado que se quiere bien, tiene siempre de reserva algún buen trozo de ciervo; pero le prohíbo decir nada; no querría por esta friolera ser denunciado al rey, que no sé burló en tratándose de sus derechos de caza.

—Está tranquilo, dijo Enrique; por mí no la sabré S. M.

El fin de la cena fué todavía más alegre que el principio: Enrique despachó algunos jarros de una especie de bebida que se hacía en aquel tiempo mezclando vino y cerveza, y luego marchó á acostarse con Ricardo.

A la mañana siguiente cuando se despidió de sus huéspedes y se preparaba á montar á caballo, algunos señores de su corte llegaron azorados; gozosos de encontrarle doblaron la rodilla y le saludaron con los títulos de señor, majestad, etc.

Imagínese la estupefacción del molinero; el miedo que se apoderó de él le hacía temblar como un azogado; reyo ver que el rey llevaba la mano á la guardia de su espada, y cayó en tierra pidiendo gracia como si temiese por su vida.

El rey le tranquilizó amigablemente, le dió un abrazo como pudiera hacerlo con un caballero, y partió á galope con su comitiva.

Aun no había pasado un mes, cuando un paje llamó á la puerta del molino.

—El rey, dijo, os invita á que vengais los tres á verle en Westminster.

—¿En Westminster! contestó la mujer; ¿por qué querrá S. M. ver á estas pobres gentes?

—¿Por qué? interrumpió Ricardo, que desde la famosa cena no había dormido tranquilo, se acuerda del ciervo y quiere hacerlos colgar.

—De equívocas, dijo el paje; mi señor os profesa una sincera amistad y os convida á comer.

—¿Es cierto? exclamó el molinero; muy bien; no es justo que nos hagamos de rogar. Dvén, decíd á vuestro amo que aceptamos; y pues nos habeis traído una buena noticia, voy á pagaros como merezca.

Dicho esto, sacó del bolsillo y obsequió al paje á añadir dos ó tres monedas de cobre. Este marchó, y el molinero tomó el aire de un hombre de importancia.

—Mujer, hijo mío, es preciso que nos presentemos con decencia delante del rey; ahora no es ocasión de pensar en estocadas; vamos á ponernos nuestros mejores trajes, y hagamos la entrada en la corte de modo que seamos admirados.

—Tranquilízate, marido mío, no temáis nada de qué avergonzarnos.

La buena mujer se apresuró á disponer los vestidos de fiesta, é hizo alguna rectificación en el lavabo y seya exclamada: Ricardo limpió su

sombrero y avanzó al gallo la más bella pluma para hacerse un penacho, empezó lo mejor que pudo el baro del molino, poniéndole una mantita verde y dos orejeras con franja. Tal fue el galafren de la molinera que entró en Westminster escoltada por su marido é hijo.

La corte los recibió con agrado, porque el rey había prohibido seriamente que nadie se burlase ni insultase á los ellos.

Enrique dió su mano al molinero y á Ricardo, y le bienvenidas á la mujer.

—¿Con que es cierto que no nos habeis olvidado? dijo Ricardo; el molinero le reprendió tocándole con el codo.

—¿Y cómo podía yo olvidar á mi compañero de cama? contestó el rey.

—Oh! Oh! añadió Ricardo riéndose desahogadoamente; salvo vuestro respeto, señor, no sois buen compañero, y á no ser por algunos golpes...

—¿Callarás, palurdo? dijo interrumpiéndole el molinero.

Esta conversación concluyó por la llegada de la reina, que abrazó familiarmente á la molinera; la buena mujer estaba llena de vanidad y más tiesa que una rota de espadas. La comida vino á coronar dignamente el real obsequio. El molinero bebió sin incomodarse cuanto pusieron en su vaso, vinos extranjeros, cervezas de varias clases, y no habló una palabra hasta haber gustado de todas las botellas y platos.

—Es preciso confesar, mi querida esposa, dijo el molinero, que no tenemos tan buenos vinos en nuestro molino.

—Pero tenéis mejores asados, dijo el rey; siento no poder ofreceros un poco de caza.

—Alto ahí! gritó Ricardo sin dejar de comer; eso es una traición; prometisteis callar.

—Tenéis razón, Ricardo, contestó Enrique, es preciso que el rey no lo sepa. Y preguntó al jóven qué plato le gustaba más.

—Si he de hablar en conciencia, replicó, ninguno de estos manjares vale tanto como un (padding) negro.

—Es verdad, dijo el rey á su esposa.

—Jamás lo he comido, contestó esta.

—¿Cómo es eso? exclamó Ricardo, yo traigo uno; y sacándole del fondo de su sombrero lo puso sin cumplimento sobre la mesa.

Los cortesanos apenas podían contener la risa; la reina se vió obligada á probarlo, y el rey después de dar á Ricardo las más expresivas gracias por su galantería, le dijo: mira alrededor de la mesa, y dime cual de todas estas señoritas te gusta más; le la daré por esposa.

Ricardo miró desdénosamente á las damas pálidas y poco robustas de la corte, y contestó: salvo el respeto debido, estas señoras podrán ser muy bonitas, pero yo encuentro mejor los encarnados moletos de Jonny Grumbell.

Cuando los tres convidados quisieron retirarse, el rey anunció al molinero que le había nombrado su guarda-bosques de Schervood, y añadió: guardaos de robarme la caza, y venid á verme una vez á lo menos cada tres meses.

J. C. N.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

(Conclusión.)

No tardó en experimentar que no hay más amor verdadero que el justificado por la religión; que el amor del Señor y de María es el único que se libra de las vicisitudes de nuestros sentimientos; que es el único que acrece y se fortifica con el tiempo, en tanto que los demás se consumen en nuestro corazón de ceniza. Sin embargo, ella amaba á Raimundo todo lo que le podía amar; pero llegó un día en que comprendió que Raimundo no la amaba. Aquel día la hizo prober otro día más horrible todavía en que sería abandonada por aquel por quien había abandonado el altar, y aquel día llegó; Beatriz se encontró sin apoyo en la tierra y sin apoyo en el cielo. Busó en vano un consuelo en sus recuerdos, un refugio en sus esperanzas. Las flores del escarpatorio se habían marchitado como las de la dicha. El manantial de las lágrimas y de la oración se había agotado. El destino que Beatriz había buscado se iba á cumplir. La desdichada aceptó su condenación. Cuanto más alto se cae del camino de la virtud, tanta mayor ignominia tiene la caída, y esa más irreparable porque Beatriz había caído de lo alto. Se arrojó primero de un acrobia, y acabó por acostumbrarse á él, porque los sentimientos de su alma estaban desmoronados. Quise á los trastornados así, y durante quince años su ángel tutelar lloró.

Aquellos años fugitivos se llevaron consigo todos los tesoros: la inocencia, el pudor, la juventud, la belleza, el amor, esas rosas de la vida que no perviven más que una vez y hasta el sentimiento de su con-

ricia que restora de las demás pérdidas! Las joyas que la habían adornado, tribunas impios que la desmoralización paga al crimen, la proporcionaron algún tiempo un recurso pronto á agotarse. Quédo sola, abandonada, objeto de desprecio para los demás, como para sí misma, entregada á los desprecios insolentes del vicio, y odiada á la virtud, semejante de vergüenza y de miseria que las más miserables asociaciones á sus hijas para veteranas del pecado. Se cansó de estar á merced de la piedad, de no recibir más que limosnas que le daba la caridad con una piadosa repugnancia, de no ser socorrida más que por gentes que se avergonzaban al darle un poco de pan. Un día se envolvió en sus harapos, que antes habían sido un rico vestido, y se resolvió á ir á pedir el alimento del día y el ardo de la noche á gentes que no la conociesen. Se lisonjaba de ocultar su hazienda en su desgracia; partió, la pobre mendiga, sin otros bienes que las flores que había quitado del ramillete de la Virgen, y que caían una á una, hechas polvo, en sus labios ya secos.

Beatriz era joven todavía, pero la vergüenza y el hambre habían impreso en su frente esas huellas espantosas que revelan una vejez prematura. Cuando con su rostro pálido imploraba tímidamente el auxilio de los que pasaban, cuando su mano blanca y delicada se abría estremeciéndose para recibir sus dones, no había uno que no conociese que debía haber tenido otro destino en la tierra. Los más indiferentes se detenían delante de ella y echaban una amarga mirada que parecía decir: ¡Oh hija mía! ¿cómo es que has caído?... Y su mirada no les contestaba; porque hacía mucho tiempo que no podía llorar. Anduvo mucho tiempo, mucho tiempo; parecía que su viaje no debía concluir sino con la muerte.

Un día sobre todo había andado desde el amanecer en una montaña desnuda, por un sendero áspero y tortuoso, sin que el aspecto de ninguna casa viniese á consolar su cansancio: su único alimento eran algunas raíces sin sabor, arrancadas en las hendiduras de las rocas; su calzado acababa de abandonar sus pies sangrientos; se sentía desfallecer de fatiga y de hambre, cuando ya de noche oscura quedó asombrada á la vista de una larga fila de luces que demostraba una vasta habitación y hacía la que se dirigió con todas las fuerzas que la quedaban; pero á la señal de una campana argentina cuyo sonido despertó en su corazón un extraño y vago recuerdo, todas las luces se apagaron á la vez y solo quedó en derredor suyo la noche y el silencio. Dió algunos pasos todavía con los brazos extendidos, y sus trémulas manos se apoyaron contra una puerta cerrada. Se sostuvo un instante como para tomar aliento; pero no pudo menos de caer. Oh Virgen santa! por qué os habré abandonado!... Y la desdichada Beatriz se desmayó.

Que la cólera del cielo sea ligera á los culpables! Semejantes noches exipan toda una vida de desorden! La frescura de la mañana comenzaba apenas á resanar en ella un sentimiento confuso y doloroso de existencia, cuando advirtió que no estaba sola. Una mujer arrodillada á su lado, levantaba su cabeza con precaución y la miraba fijamente en la actitud de una curiosidad inquieta: esperaba que acabara de volver en sí.

—Dios sea bendito para siempre! dijo la buena tornera, de proporciones tan temprano el medio de ejercer un acto de piedad y socorrer una desgracia! Es un acontecimiento de feliz género para la gloriosa fiesta de la santa Virgen que celebramos hoy! ¿Pero cómo es, hija mía, que no habéis pensado en llamar á la campanilla ó al llamador? No hay hora alguna en que vuestras hermanas en Cristo no estén prontas á recibirlos. Bien, bien... no me contestéis ahora, pobre vejez descarnada! Fortificaos con ese caldo que he calculado á toda prisa en cuanto os he visto: probar este vino generoso que dará calor á vuestro estómago y fuerzas á vuestros miembros dolientes. Decidme por señas que estáis mejor. Bebed, bebédlo todo, y antes de levantáros, alégraros con esa manita para que vayais adquiriendo fuerza; dadme las manos, os las calentará entre las mías. Oh! bien pronto estaréis buena.

Beatriz enternecida cogió las manos de la digna religiosa y las llevó á sus labios.

—Ya estoy bien, dijo, y me siento en estado de poder ir á dar gracias á Dios por el favor que me ha hecho en dirigirme á esta santa casa. Solo que para que yo pueda complacerle en mis oraciones, desear me dirigis en dónde estoy.

—En dónde habéis de estar, replicó la tornera, sin en Nuestra Señora de los Espinos Floridos, puesto que no hay otro santuario en cinco leguas á la redonda!

—Nuestra Señora de los Espinos Floridos! exclamó Beatriz dando un grito de alegría que siguieron después las señales de la más profunda consternación; Nuestra Señora de los Espinos Floridos! ¿cómo he podido venir á la calma sobre su seno? El Señor tenga piedad de mí!

—Pues qué, no lo habéis dicho la caritativa hospitalaria. Es verdad que parece que venís de buen lugar, porque yo jamás he visto un traje de mujer parecido al vuestro. Pero Nuestra Señora de los Espinos Floridos

es un familia en protección á los del país. No ignoraréis, si habeis oído hablar de ella, que es buena para todo el mundo.

—La conocéis, y la he servido, amargosa Beatriz; pero veigo de muy lejos, como decís, madre mía, y no se estrizo que no haya conocido esta morada de paz y bienestar. Esos es la iglesia, el convento, los espines en que he cogido tantas flores. Ay! siempre florecen... Era tan jóven cuando me separé de ellos!... Era en el tiempo, continuó levantando sus ojos hacia el cielo con una expresión resuelta que da á los remordimientos de un cristiano la abnegación de sí mismo, era en el tiempo en que la hermana Beatriz era la guardadora de la santa capilla. ¿Os acordáis de ella, madre mía?

—¿Cómo la tengo de olvidar, hijít mia, si la hermana Beatriz ha sido siempre la guardadora de la santa capilla? Si; ahora, y yo creo que para mucho tiempo, será para nosotras un motivo de edificación.

—No hablo de esa, interrumpió Beatriz suspirando amargamente; hablo de otra Beatriz que ha acabado su vida en el pecado y que tenía el mismo cargo hace unos quince años.

—El buen Dios no os castigará por esas palabras insensatas, dijo la tornera estrechándola contra su seno. La enfermedad ha alterado vuestro ánimo y hurido vuestra memoria con esas terribles visiones. Hace mas de diez y seis años que estoy en el convento, y no he conocido mas que una hermana Beatriz. Pero ya que estáis decidida á hacer oración á la Virgen mientras os preparo la cena, id y allí hallaréis á Beatriz y la reconoceréis fácilmente, porque la bondad divina no permite que al envejecer no pierda ninguna de sus gracias. Al momento vuelvo á buscaros para no separarme de vos hasta vuestro completo restablecimiento.

Al acabar estas palabras, la tornera entró en el claustro, y Beatriz fué á la iglesia, se arrodilló é inclinó su frente hasta el pavimento; después cobró un poco de ánimo, se levantó, y de columna en columna se adelantó hasta la reja del coro, donde se arrodilló. A través de la nube que oscurecía su vista, distinguió á la hermana Beatriz que estaba de pie delante del camarín.

Poco á poco se fué acercando á ella la hermana que hacia su revista ordinaria, encendiendo las lámparas y reemplazando las guirnaldas de la vispera por otras nuevas. Beatriz no podía creer á sus propios ojos. Aquella hermana era ella misma, no de la manera á que se veía reducida por la edad, el vicio y la desesperación; sino tal como debía ser en los días inocentes de su juventud. ¿Era una ilusión producida por los remordimientos? ¿Era un castigo milagroso anticipado sobre aquellos á quienes estaba reservada la maldición divina? En la duda ocultó su rostro con las manos, y las apoyó inmóvil en los barrotes de la reja balbuceando las más aspresivas oraciones de las que decía en la antigüa.

Y sin embargo, la religiosa marchaba siempre. Ya los pliegues de sus vestidos habían tocado á los barrotes. Beatriz humillada no se atrevía á respirar.

—Eres tú, querida Beatriz? dijo la religiosa con una voz dulzura no puede expresar ninguna palabra humana. No tengo necesidad de verte para conocerte, porque tus oraciones llegan á mí, como las he oído otras veces. Hace mucho tiempo que te esperaba; pero como estaba segura de que volverías ocupé tu plaza el mismo día en que me dejaste, para que nadie advirtiera tu ausencia. Ahora ya sabes lo que valen los placeres y la felicidad, cuya imagen te habla seducido, y ya no te marcharás. Ya estarás aquí para siempre. Entra con confianza en la clase que ocupabas entre mis hijas. Encontrarás en tu celda, cuyo camino no has olvidado, el hábito que dejaste allí, y te vestiré con él de la primera inocencia, de que es emblema; es una gracia que debió á tu amor y que he conseguido para tu arrepentimiento. Adios: ama siempre á María.

Era en el coro María; y cuando Beatriz levantó sus ojos inundados de lágrimas, cuando extendió sus brazos palpitantes dando gritos, vio á la Virgen subir los escalillos del camarín y sentarse en su gloria divina, bajo su aureola de oro y bajo los festones de espigas floridas.

Beatriz no entró en el corazon emoción. Iba á ver á las compañeras, á cuya fe había hecho trición y que habían envejecido en la práctica de un deber austero. Entró entre sus hermanas con la frente baja y pronta á humillarse al primer grito que anunciara su reprobación; con el corazón vivamente agitado; prestó atento oído á sus voces, y nada oyó. Como si nada de ellas advirtió se marchó, ninguno reparó su vuelta. Se precipitó á los pies de la Virgen, que jamás la había parecido tan hermosa y que parecía sonreírle. En los sueños de su vida de ilusiones, jamás había comprendido una cosa que se aproximase á tal felicidad.

La octava fiesta de María (porque con haber dicho que esto pasaba el día de la Asunción) se celebró con una mezcla de recogimiento y de éxtasis de que no habian dado idea las solemnidades precedidas á aquella comunidad de vírgenes sin mancha. Las niñas habían visto que del camarín bajó milagrosas; las otras habían sido el coro de los ángeles merced á sus cantos púdicos, y se habían detenido por resque-

lo, para no perder la celestial armonía. Se cantaba con misterio que aquel día había fiesta en el paraíso, como en el monasterio; y por un fenómeno extraño á aquella estación, todos los espíritus de la comarca habían florecido; de manera que dentro y fuera no había mas que primavera y perfumes. Es que habrá entrado una alma en el seno del Señor, despojada de todas las enfermedades y de todas las ignominias de nuestra condición, y no hay fiesta mas agradable para los santos.

Una sola inquietud oscureció por un momento la inocente alegría de las palomas de la Virgen. Una pobre mujer enferma se había apacado por la mañana á la puerta del monasterio. La tornera la había visto, la había consolado; había dispuesto para ella un lecho donde pudieran reposar sus débiles miembros, y la había buscado inútilmente. Aquella desdichada criatura había desaparecido sin que se hallara rastro alguno; pero se creía que la hermana Beatriz podía haberla visto en la iglesia donde se había refugiado.

—Tranquilizaos, hermanas mías, dijo Beatriz, conmovida hasta llorar; tranquilizaos, dijo, abrazando estrechamente á la tornera, he visto á esa mujer y sé lo que ha sido de ella. Es feliz, mas feliz que lo que merece y que lo que habiérais esperado para ella.

Esta respuesta apaciguó todos los temores; pero llamó la atención porque eran las primeras palabras severas que salieron de boca de la hermana Beatriz.

Desde entonces toda la existencia de Beatriz transcurrió como un solo día, como ese día del porvenir que está prometido á los elegidos del Señor, sin fatigas, sin disgustos, sin otra emoción, porque los creaciones sensibles no pueden experimentar mas que las de la piedad hacia Dios y las de la caridad para con los hombres. Vivió un siglo, sin que pareciera que se envejecía, porque solo las malas palabras del alma son las que envejecen el cuerpo. La vida de los buenos es una juventud perpetua.

Beatriz murió, ó mas bien se durmió con calma en ese sueño pasajero de la tumba, que separa el tiempo de la eternidad. Murió en opinión de santa.

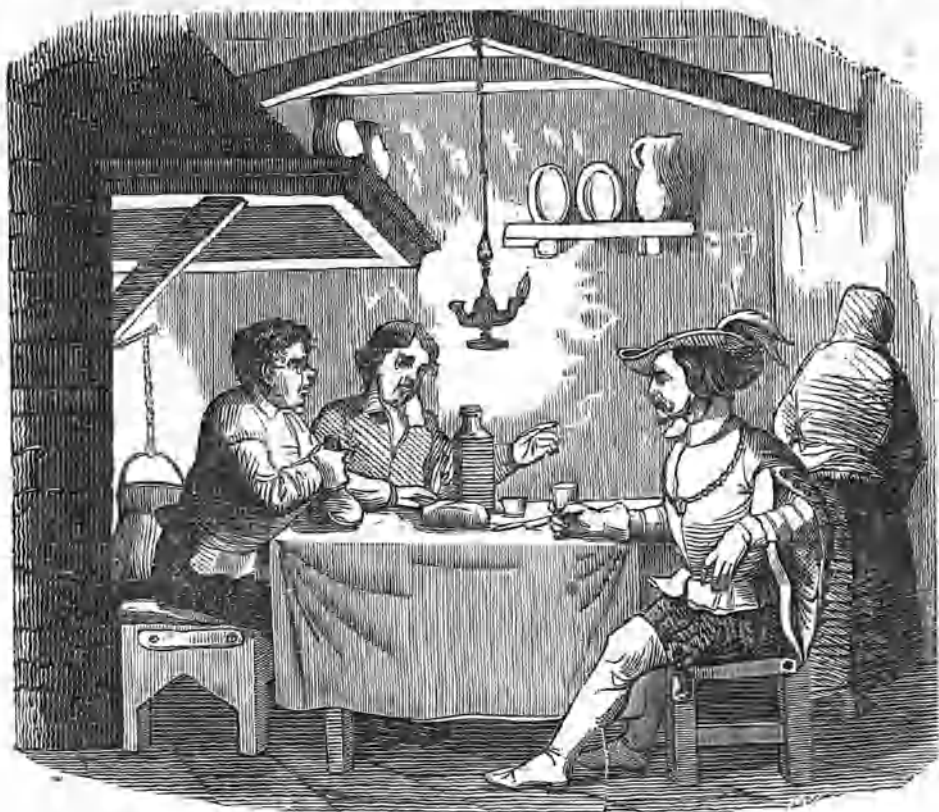
ANTONIO GALLAND.

I.

LA FAMILIA DEL ARTESANO.

Hace dos siglos la familia de un artesano, viniendo de Montdidier y costeando el riachuelo de Vorse, entró en la bonita llanura de Chancy, y llegó bien pronto á las primeras casas de Noyon.

Si queremos hacer un curso de historia ó de geografía sobre el



(Enrique II, en el molino de Mansfield.—Pág. 393.)

un pueblo tan solo, ninguno se presentaría mejor que el de Noyon, estád seguros de ello. No os hablaremos ni del obispo de Vermandois que en 1111 vino á refugiarse á esta fortaleza, entonces considerable, estableciendo en ella la silla obispal de Vermandois; ni del emperador Carlomagno, cuya capital fué durante algunos años, y que se hizo coronar en ella en 768; ni recordaremos á Hugo Capeto que fué elegido rey en 887, ni á los normandos que la saquearon en el siglo IX; ni á los que la tomaron en 1895, ni á Enrique IV que los echó de ella al año siguiente.

El jefe de la familia de que hablamos tenia intencion de ir mas lejos; pero habiéndole gustado esta ciudad, buscó una modesta habitación é instaló en ella su mujer, hijos y herramientas.

El artesano era un honrado carpintero que no carecía ni de inteligencia ni de laboriosidad, y que hubiera podido prosperar; pero la envidia de los demás carpinteros de Noyon no tardó en hacerle daño, y enfajando muy pronto las simpatías de los habitantes de Noyon.

«Esa, decían, es una sanguijuela, un harabierzo que venia á quitar el pan á los obreros establecidos y anocados hace mucho tiempo en la ciudad, á arruinar á padres de familia.»

Estos discursos corrían de boca en boca sin que se le ocurriese á nadie que él recién venido tenía también una familia á quien se debía

ayudar. Tal es la propiedad del egoísmo, que á sus ojos son un crimen las virtudes de los demás.

Fácil será comprender que rechazado por todas partes Galland (este era el nombre del obrero); no le era fácil, aunque ayudado por su laboriosa mujer, satisfacer las primeras necesidades de su familia.

Muy pronto tuvo el sétimo hijo, que fué bien recibido por el padre, cuya ternura aumentaba, en vez de extinguir el infortunio; solo una cosa le entristecía en este nacimiento, el no tener padrino para el recién nacido: había procurado encontrarle entre sus vecinos; pero al primero que pidió este favor se mostró muy poco dispuesto á complacerle; pasó á casa de un segundo, que le rechazó brutalmente, y no se atrevió á dirigirse á un tercero.

El niño no parecia muy robusto, y podía morir sin haber recibido el bautismo; y esta idea atormentaba al padre en sumo grado, cuando de repente coge al niño envuelto en unos pedazos de rojo de que su madre habia hecho una mantilla, y acompañado de su hija mayor, que acababa de cumplir siete años, entró en la iglesia, y se detuvo delante de la pila bautismal.

El perriguero hizo venir á un canónigo anciano que habia allí á la sazón, y desuenda la cabeza del niño, empezó la ceremonia.

—Pero y el padrino? dijo el sacerdote, ¿sois vos?

—No, respondió Galland, tengo bastante con cumplir mis deberes de padre; quiera Dios que tenga tiempo de educar á mis hijos.

—Pero, hijo mío, sin embargo, hace falta un padrino; repliad el canónigo con bondad.

—Soy tan desgraciado, padre mío, que todos mis vecinos han rehusado tener en la pila á esta pobre criatura.

—Peor para ellos: jamás se debe rehusar á ayudar á hacer un cristiano.

—Entonces se me ocurrió venir aquí, y que Dios que es la suma bondad me proporcionara en su casa un padrino para mi hijo.

—Entonces continuemos.

—Dios mío, murmuraba el pobre artesano, no permitais que quede en blanco en el acto del bautismo el nombre del padrino; esto sería tan triste!

—¿El nombre de la madrina? preguntó el canónigo, estendiendo el acta después de concluida la ceremonia.

—María Galland su hermana, padre mío.

—¿No sabéis firmar, hija mía?

—¡Oh! si señor, papá nos enseña todas las tardes á escribir.

Era en efecto uno de los deseos más vivos de Galland instruir á sus hijos más de lo que se acostumbraba en una época en que la educación de las últimas clases de la sociedad estaba completamente descuidada.

—¡Ah! muy bien, María, muy bien; entonces firmad.

—No pregunto si el padre sabe escribir; firmad también.

Galland se aproximó para poner su nombre en el registro de la iglesia, y por entre las líneas recientemente trazadas por el canónigo temblando encontrar en vez del nombre del padrino, el claro que le dio la tormenta.

La vista se le nubló: no había ninguno claro; el pobre hombre volvía á mirar; se le figuraba no ver bien. Apoya la mano, y se pone á leer con la lengua y los dedos estas palabras: *padrino Antonio Reynaud, canónigo de la iglesia catedral de Noyon, prebendado, etc.*

María, esclama al fin ébrio de gozo, ¿ves cómo te habla dicho bien que encontraríamos padrino en la casa de Dios? Tu hermano ya le tiene.

—Pero papá, ¿quién es pues ese caballero?

—Ah Dios mío! y yo que me olvidaba preguntarlo! ¿quién es este buen padrino? ¿de dónde ha venido?

—Soy yo, dice el viejo sacerdote, Dios no olvida á los que confían en él.

Una hora después, el niño que había recibido el nombre de Antonio, estaba en los brazos de su madre, que daba gracias á Dios por no haber abandonado á su hijo al entrar en este mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales Galland hizo esfuerzos sobrehumanos; pero la obra era muy poca, y para aumentarla era preciso trabajar más barato, y para ganar lo suficiente apurar sus fuerzas.

Una tarde de otoño, á pesar de un viento frío una y lluvia glacial, el desgraciado quiso acabar una valla que había empezado alrededor del patio del colegio de Noyon. El sudor corría por su cuerpo al paso que el agua empapaba sus vestidos. Volvió á su casa con diez escudos; pero un frío mortal había penetrado todo su cuerpo; temblaba, y tenía un frío de calentura. Al fin se declaró una afección al pecho que destruyó con tanta rapidez su cuerpo debilitado, que dos días después Galland pidió abrazar á sus hijos. Esta ha abrazando al último, al pequeño Antonio, cuando sonó la oración. Quiso hacer la señal de la cruz; pero su brazo sin fuerza no pudo llegar á su frente, y volvió á caer, y á la primera palabra de su súplica que hacía esfuerzos en recitar, espiró.

La desesperación reinaba en la pobre casa; los hijos llamaban á grandes gritos á su padre, la mujer á su marido; y cuando al olvidar por un momento su desgracia pensaba que la quedaban para ocho personas diez escudos ocultos, se aumentaba su dolor presente con su triste porvenir.

La muerte del artesano no afectó á nadie en Noyon. Un compañero le envió un fúnebre, pero acompañó su buena obra con estas palabras crueles: «Era el único regalo que deseaba hacerte.» ¡Tanto puede la envidia en el corazón humano!

El cuerpo fué llevado á la iglesia por el enterrador y su ayudante, y en seguida fué conducido al cementerio.

La pobre viuda acompañó á su marido. Y cuando después de puesta de rodillas sobre la tierra mojada con toda su familia, hubo rezado algo rato sobre la tumba de su marido, volvió con sus siete hijos, á quienes dirigió de cuando en cuando profundas miradas como las que la madre de los Maccabeos debió dirigir á sus hijos cuando ella misma los condujo al suplicio.

II

EL PEQUEÑO FRANCÉS.

Es necesario ser rico para tener tiempo de llorar; el pobre debe

abogar su dolor. Al volver á su casa la viuda pensó en sus hijos, enjuguó sus lágrimas que hubieran oscurecido su vista, lavó la ruera y el hueso, y arrojaba día y noche. Nadie ignoraba el valor de esta mujer, y todos estaban admirados de verla soportar su desgracia y luchar contra la miseria sin quejarse á sus vecinos y sin imbuirse su piedad.

Esa conducta tuvo muy pronto recompensa: algunas personas compasivas se llevaron sus hijos mayores encargados de su educación; sólo le quedaron los tres más jóvenes; pero sin embargo, aun no podía felicitarse de su muerte.

Su obra, imposible de cumplir, exigía en este momento una perseverancia que sólo la podía dar el amor maternal. Sin embargo, su pequeño Antonio iba creciendo, y el buen canónigo que tan impensadamente había sido su padrino, daba á su madre saludables consejos; y cuando los pobres no le habían hecho vaciar la bolsa, les suministraba algunos recursos.

El niño llegó á ser vivo y despierto; estaba dotado de una inteligencia fácil en comprenderlo todo; el triste cuadro que tenía á su vista le hacía reflexionar, y sus razonamientos infantiles eran la alegría de su madre cuando tenía un instante para escucharle.

El viejo sacerdote pasmado de esta disposición tomó á su cargo su instrucción, y empezó á darle las primeras nociones del francés; pero



la buena voluntad del discípulo escuchó al celo del maestro, y sus progresos fueron tan rápidos, que el canónigo se vio muy pronto obligado á ensanchar los límites de su enseñanza.

Admirado de la inteligencia de su ahijado, el buen canónigo Reynaud habló de él en tan buena ventura á su amigo, que el principal del colegio, cuya curiosidad había excitado, quiso conocer al muchacho y le mandó llamar. No quedó menos sorprendido que el padrino del aplomo del joven, de su facilidad en explicarse y de la lucidez de su lógica.

A la mañana siguiente la madre de Antonio recibió una noticia que la llenó de alegría; era el primer placer que había sentido desde la muerte de su marido. El canónigo Reynaud y su amigo se encargaban de hacer educar en el colegio á su hijo menor; y por su parte no debía ni aun pensar en el equipaje que debía llevar cada uno á su entrada al colegio.

Los gruesos lágrimas corren por las demoradas mejillas de la pobre mujer como á una fuente de su reconocimiento: la emoción la había embargado el voz.

Cuando estuvieron solos la viuda y el huérfano, dirigieron al cielo fervientes votos por la salud de sus bienhechores. El hijo formaba una peregrina proyección: ya se veía grande, instruido y colocado á su lado el abrigo de la miseria; y la madre se sacaba con placer de estos buenos desiguos, y muchas veces acercándose á su Antonio le miraba, alzaba su cabeza y alisaba su largo cabello; pero en repetidas veces en seguida de este momento de inocencia, volvía á palpar un movimiento la ruera y el hueso.

Antes no hablaba, ¡cuantas cosas deseaba, sin embargo, su terna materna! «Tengo un hijo que llegará á ser un sabio, un canónigo, ¿qué que va á estudiar en un colegio en donde está el hijo del vicario, donde vienen los hijos de todos los señores de los alrededores.»

En embargo, esta alegría se moderó mucho el día en que su hijo Antonio vestía su traje de colegio, y el cambio que le había ido á buscar le arrancó de los brazos maternales; tuvo necesidad para vencerle su disgusto de repetirle mil veces que su hijo estaba en una buena casa en donde le educarían é instruirían bien; necesitaba de estos luctuosos pensamientos, de esta consoladora esperanza para poder acostumbrarse á un día más que una vez al mes á su hijo querido, que aun los días de salida estaba siempre con el buen canónigo, que estaba encantado de enseñar á sus amigos su *pequeño prodigio*. Porque Antonio no se mostraba en el colegio educando menos distinguido, aun cuando antes no había sido tan notable.

Este embargo no era dichoso; lo primero porque estaba separado de su madre, y porque había sido mal recibido por sus nuevos camaradas. Un hijo del pueblo introducirse así en medio de una sociedad de jóvenes pensionistas, muy orgullosos de su nacimiento, todos de ilustres familias, que el menos noble debía ser un día al menos caballero! era en esta época un atrevimiento grande.

Así todos los miraban por encima del hombro.

—¿Quién es pues este villano? preguntaba con énfasis un cadete de Picardía.

—Pero es un mendigo! respondía un joven marqués.

—Un cualquiera, añadía un vizconde.

—Que usurpa nuestro traje.

—Que se nos iguala con insolencia.

Y los más adelantados que habían ya traducido á *Phedro* le aplaban con aplauso de sus camaradas la fábula *Graculus et Pavo* (el grajo y el pavo) de que *Lafontaine* algunos años después hizo el *grajo vestido de plumas de pavo*; pero bien pronto los burlones se convencieron de que el nuevo colegial no necesitaba vestirse con plumas ajenas, y que su talento era mucho más brillante que el de ellos. Entonces el desprecio y el desden se convirtieron en una envidia profunda, que debía más tarde hacer pagar cruelmente á Galland el precio de su instrucción, Antonio, que hasta entonces se hallaba rodeado de indiferentes orgullosos, no veía á su lado más que enemigos.

Su único placer era pasearse, durante las horas de recreo, á lo largo y ancho del patio pensando en su madre á leyendo algún libro que le había prestado su amigo el canónigo; y si por casualidad se dejaba cautivar por su lectura, venía á tropezar en la verja que había causado la muerte al pobre carpintero, y echaba á llorar recordando el momento en que había visto aspirar á su padre casi en el acto de ahorrarse.

Valiente como su madre, jamás había solicitado á sus compañeros; nunca había dudado su frente ante una injusta reprobación; pero es preciso confesar que encontraba un consuelo en la amistad del jefe del colegio.

Cinco años habían pasado, y Antonio, que en cada uno había ganado los primeros premios, contaba aun con un nuevo triunfo cuando por fin á uno de sus protectores, al buen canónigo Haynaud.

Este golpe imprevisto le fué tanto más sensible por haber sabido que aquel excelente sujeto había carecido de lo necesario por pagar la mitad de su pensión del colegio. El joven laureado fué á depositar sobre la tumba de su bienhechor la más bella de sus coronas; y sus lágrimas demostraron durante mucho tiempo sus recuerdos desinteresados, por cierto puesto que el digno amigo del canónigo, el principal del colegio, había declarado que en obsequio de la desgracia del joven Galland el colegio tomaba solo á su cargo la responsabilidad que antes tenía en unión del canónigo Haynaud.

NOTICIAS CURIOSAS.

El año 1162, reinando D. Fernando I, año de 1162, estuvo el gobierno en elletario, quedando sus mayores preeminencias en cinco condos, vasallos suyos, que eran los condos de Vizcaya, de la Bureba, de Lara, de Amaya y de Rioja, quejense tenían la voz de Castilla, y eran los cinco solares de Hara, Lara, Castro, Guzman y Villamayor, conocidos por los cinco solares de Castilla, no porque no hubiese otros, sino porque estos eran los originarios de la misma y señores de otros muchos muy señalados.

El año 1540, reinando D. Alonso XII, se concedió por los reinos juntos el trabajo llamado *alcabala* para atender á las necesidades y urgencias de la guerra, de tanto uno de todo lo vendible, y pocos años después se concedió igualmente de diez uno.

El año 1486 concedió el pontífice á la Reyna Católica las ventas

El rey D. Felipe IV introdujo en 1651 el derecho llamado *alcabala* sobre todas las mercedes, y edictos.

El rey D. Sancho el Bravo estableció en 1293 el tributo llamado *alcabala*.

En 845 se creó el derecho de sucesión llamado *de escara*.

Por los años de 1650, en tiempo del rey D. Fernando III, empezó á llamarse *infantes* á los hijos de los reyes.

En las cortes de Briviesca, año de 1588, el rey D. Juan el I estableció la costumbre de que se llamasen príncipes de Asturias los hijos mayores de los reyes, y se juró á su hijo Enrique III, á imitación de los príncipes de Gales.

El emperador Carlos V mandó en 1519 que se diese á los reyes el tratamiento de majestad; en 1620 dió título de príncipales á los grandes, y en 1628 fundó el Consejo del Estado.

La primera vez que se levantaron pendones fué el año 1407, por el nuevo rey D. Juan II.

En 1453 se creó el impuesto conocido por *moneda forera*, el cual se pagaba de siete en siete años, y en 1637 el del papel sellado. La sal se estanco en 1631.

D. Fernando el V instituyó en 1516 la dignidad de grandes de España, y reformó la de los ricos-hombres, que ya se conocían en 774. El año 1407 murió el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y todos sus llamados vasallos se vistieron de luto negro, el cual hasta entonces había consistido en gerga blanca.

El primer reló que se vió en España se puso en Sevilla, en la torre de la giraldá, habiendo asistido el rey D. Enrique III y gran concurso de gente atraídos por la novedad.

El mismo D. Enrique III estableció los corregidores en 1506, y en 1590 fundó la sala en el Consejo de Castilla, conocida con el nombre de *sal y quinientas*.

Por los años 1452 se introdujo en España el arte de la imprenta, que poco antes se había inventado en Maguncia.

En 1492 empezaron á representarse públicamente comedias en Castilla, por la compañía de Juan de la Encina, poeta gracioso, y luego Pedro Navarro y Cosme de Oviedo inventaron, el primero los teatros, y el segundo los carteles.

Las primeras escopetas se vieron en España en 1403, y el primer coche en 1546.

En las cortes generales que celebró en Burgos el rey D. Fernando V, en 11 de junio de 1515, unió el reino de Navarra á la corona de Castilla, por concesion del pontífice Julio II.

Un marqués italiano, por encubrir los lamparones, inventó en 1562 los cuellos, que por él se llamaron *marquesotas*, y duraron hasta el año 1622 en que se empezaron á usar las gollizas.

El año 1560 se concedió por primera vez el subsidio, y en 1563 y 1571 el escusado.

El rey D. Felipe II mandó en 1579 que sus consejeros usasen de garnachas y barba larga para representar la gran autoridad de su destino, á imitación de los senadores romanos.

El rey D. Felipe II mandó estancar en 1577 los naipes, el azogue y el soliman.

En tiempo de Felipe II, por los años de 1582, concedieron los reinos el servicio de millones.

D. Luis de Castilvivo, veneciano, inventó las bebidas con nieve y los pozos para conservar esta.

El rey D. Alonso XII mandó hacer el libro que llaman *Bacerto*, por estar escrito en pergamino, el año 1550, cuyo libro acabó su hijo D. Pedro, y se guarda en el archivo de Simancas.

La primera pólvora que se usó en España fué el año 1545.

Un judesco inventó la artillería y se usó por primera vez en el cerco de Algeciras.

El rey D. Alonso el VI mandó en 1088 que los caminos se contasen por leguas en lugar de hacerlo por millas como hasta entonces.

Este mismo rey mandó que las escrituras se escribiesen en letra, prohibió los haños, y en su tiempo, año 1100, se empezaron á escribir toros en fiestas reales.

El tabaco le vieron usar Colon y sus compañeros á los indios en la isla Guaynabi; se introdujo en España en 1548, empezó á cultivarse en 1656 por concesion del reino, y la primera fecha de su cultivo en vuelta de Abajo data de 1710.

El origen de los estrechos ó *redondas* de año se remonta, según las más autorizadas opiniones, á los tiempos de la edad media, época en que gozaron gran prax y fama los tribunales provenzales.

Valerio Máximo y otros aseguran que antiguamente los comens eran de palo, para dar á entender cuán fáciles son de acabar los reinos y los imperios.

La primera estimacion de la lotería habia en Madrid, de cuarenta y órden de S. M. se verificó el sábado 10 de diciembre de 1788.

UN NIDO DE TORTOLAS.

HISTORIA DE DOS AMORES.

AL POETA ANTONIO DE TRUESA.

AUTOR DEL LIBRO DE LOS CÁNTABOS.

I.
 Escuchan los pájaros,
 Oírán las arañas.
 Truesas.—DEL LIBRO DE LOS CÁNTABOS.

Empezaban ya los árboles de las alamedas á cubrirse de hojas, los prados á verdear, las mariposas á liber las blancas y tenues flores de los almendros, primera sonrisa de la primavera, y los arroyos á murmurar con mas meliflua sus continuas y gemas endechas. Sentíase por los jardines el aire embalsamado y purísimo de las violetas y de los narcisos, y olase junto á las acacias el monótono zumbido de las abejas que venian buscando la virginidad de las flores, para convertir sus jugos en miel azucarada. Las aguas se columpiaban en los tallos de las anémonas de variados colores; el sol sonreía en las praderas, y las mensajeras del buen tiempo, las simpáticas golondrinas, perseguían los insectos que habían salido de sus negras crisálidas, al rayo vivificador del astro del día. Hacía una mañana deliciosa; la naturaleza se había vestido con sus mejores galas, y parecía una muchacha linda y coqueta que espera á su amante, asomada al balcón entre macetas de flores. El campo estaba divino; tan bonito como Margarita que viene pensativa por la calle de árboles del Betiro que guía desde la fuente de la china al estanque grande. Viene sola; no se cansa de mirar las hojas de los árboles, de oír la variedad de cánticos que entonan los pájaros, y de contemplar con ávidos ojos las rojas flores de una acacia de Judas, *á bot del amor*, de las que ella se haría de muy buena gana un ramo, si el tricordio del guarda no alejara de su mente tan codiciosa idea. El guarda es siempre inhumano.

Sin término, ni objeto, ni vereda, marchaba á la casualidad, dejando vagar sus pasos como su mente, sin saber por donde, hasta que fatigada de pasear vino á sentarse maquinalmente en un banco á la sombra de un magnífico y pomposo castaño de Indias.

Allí, sus pies quietos, dejó vagar su mente por los encantados paisajes de lo ideal, tantas veces descritos y siempre nuevos para todas las almas de diez y ocho años. Esta era la edad de Margarita; y sin decirlo te la hubiera figurado, si como yo hubiera visto los azules ojos, los rubios cabellos, el gracioso cuerpo y el andar suelto y airoso de la linda muchacha. Porque Margarita era muy linda; sobre todo tenía unos ojos como dos pedruzcos de cielo de lindos, y aun estoy por decirte que si entre el azul del éter y el de los ojos de la niña me hubieran dado á elegir, probablemente me hubiera quedado con el segundo azul.

Peró mirala cómo levanta la cabeza; mirala cómo escucha y se sonríe, y se entristece, y vuelve á escuchar, y levanta de nuevo los ojos, y mira al castaño, y abandona su asiento para dar vueltas en torno de él; y ahora sí que se sonríe y mira sin pastañear. ¿Qué será? ¡Ah! ya oigo; ya veo; son dos pájaros que se arrullan; son dos tortolitas que se cuentan sus amores y que se besan, y Margarita vuelve á sentarse, y ya no la mira, y calla pensativa.

¿Qué feliz dice en su interior, en medio del campo, sin mas festivos que las otras aves y el cielo, sin temor de ninguna especie, porque están en un sitio vedado á los cazadores, esos pájaros se aman, viven aislados de los demás el uno para el otro, siempre juntos, siempre dichosos, sin conocer mas emociones que sus dulces besos, buscándose siempre y siempre unidos; cuando la casualidad viene á separarlos, las primeras notas de un melancólico arrullo son la llamada que los vuelve á unir. Qué felices! no ven como yo pasar los días unos tras de otros sin que dejen huella en mi alma; sin uno de esos recuerdos que nunca se borran de la memoria, y que quedan impresos en el corazón para siempre, por si algun día el alma fatigada anhela un punto de reposo, que vengan con su castísimo perfume á embalsamar nuestra vida, á refrescar nuestra existencia, como la aurora envía las gotas de rocío para refrescar las flores que empiezan á ajarse bajo la seca influencia de los ardientes rayos del sol.

No te estrañe este párrafo en boca de una muchacha de humilde clase. Margarita era modista, puesto que te he dicho que era bonita, que tenía diez y ocho años, y que hablaba en presencia de dos tortolitas que se arrullaban y se besaban, en medio de una naturaleza exultante, y entre el perfume de las flores y de las brisas; el amor hace prodigios, y así lo es sin embargo el que Margarita desea al ver las tortolitas un compañero que la arrullara y que dispagara ese tino que es su común privilegio á gemar, esperando para borrar únicamente esas cuantas frases bien dichas, mas caricias de esas

cuya interpretación no es difícil, y unas caricias poco mas á menos como las de las tortolitas.

Por eso á Margarita no se le olvidaron en todo el día; y mas de una vez se pinchó sus blancos y azules dedos, pensando en un amante tan hermoso, en vez de pensar en la prosaica tarea que ante sus ojos tenía.

II.

Los tortolinos,
 mira cómo se besan
 con los sus picos.

Luis de Eguías.—AÑO DE 1847.

Era otra mañana igual á la que hemos descrito en el capítulo anterior; por lo cual y estar en el mismo sitio, nos abstenemos de describirla, y Margarita paseaba por debajo de los frondosos castaños de Indias del Betiro. Era domingo, y la muchacha que había ido á misa y no tenía trabajo aquel día, se regocijaba interior y esteriormente y demostraba en lo alegre de su fisonomía y en la sonrisa deliciosa que jugueteaba en sus labios y en sus ojos, un cambio muy grande en aquel corazón á quien hemos conocido triste y envidioso.

Peró Margarita no viene sola.

Un muchacho jóven y de airosa presencia la acompaña, la mira con amor, y la habla con entusiasmo.

Por eso Margarita se sonríe; por eso es feliz, y su corazón se dilata con las dulces palabras que le dice su acompañante.

Pasean y cruzan calles y arboledas, sin saber dónde van ni por dónde andan.

Han venido á hablarse de sus amores debajo de los árboles, donde las frases de los enamorados tienen doble eco, porque la naturaleza convida siempre á amarse.

Hace poco que Luis está enamorado de Margarita, y por consiguiente tienen mucho que decirse; están en las primeras páginas de su libro de amores, y todo es oro y rosa.

Luis se ha encontrado á Margarita en el camino, y la ha seguido; Margarita ha notado que Luis la seguía, y ha vuelto varias veces la cabeza.

Luis ha paseado la calle á Margarita, y Margarita se ha acomodado al balcón.

Luis ha vuelto á pasar al día siguiente, y Margarita, que esperaba esta vuelta, se ha pasado la mañana costando junto á la vidriera, para verle pasar.

Margarita le ha mirado y se ha sonreído; Luis ha respondido á estas sonrisas con otras; desde este momento se han comprendido.

Por eso Luis, en cuanto ha tenido ocasión, le ha dicho á Margarita que la amaba, y esta se lo ha creído.

Como una declaración amorosa halaga siempre, las mujeres suelen creerse las declaraciones amorosas.

Desde aquel momento se han amado y se lo han dicho. Margarita que vivía sola, ha trasladado sus muebles á casa de Luis; Luis la hizo un recibimiento digno de sus amores; almorzaron juntos, y á los postres se juraron mutuamente no separarse nunca y amarse siempre.

Nunca y siempre, palabras buenas que no se sabe por qué se dicen; palabras que brotan maquinalmente á impulsos de una sensación que conmueve el alma, y que se desbacen como el humo; palabras que pronuncian los labios y que d'icia el corazón sin chocar su peso, y que se encuentran en pugna perpétua con la inconstancia de la naturaleza... pero es el caso que Luis y Margarita las habían pronunciado y habían creído en ellas.

Por eso vivían juntos; por eso Margarita esperaba á Luis cuando este salía, y le conocía en el modo de subir la escalera.

Luis acompañaba á todas partes á Margarita; no pensaba mas que en ella, y solo era feliz á su lado.

Luis había dejado de frecuentar los puntos donde se reunían sus amigos; rara vez se le encontraba en el café; no hacía visitas, y sus compañeros de juventud pensaban, y muy acertadamente, que debía estar enamorado.

Los mas atrevidos habían ido á su casa con objeto de averiguar algo; pero él no había recibido á nadie, y cuando se retiraron, al lado de Margarita, veía pasar las horas y los días sin que la mas leve nube ampañara su deliciosa felicidad y los tranquilos amores en que se embriagaba su alma.

Se han juntos á pasear, porque á Margarita le gustaba mucho andar por el campo, y Luis que según decía: nunca había encontrado las tortolitas que podían ser los que vivían amando á la naturaleza, había empezado á comprender sus agradables misterios en las deliciosas melodías de primavera, llevando del brazo á una muchacha tan linda como la que él llevaba.

Margarita amaba con delirio las flores y el paseo; Luis no la dejaba volver nunca á su casa sin que en sus brazos traiera un ramo, que colocado surtía de la mesa sobre la que Luis escribía y Marg-

rita costía, recordaba á los dos acantés mil sueños de ventura, mil promesas de amor, mil juramentos de felicidad.

Margarita había dejado de coser en casa de la modista donde la conocía Luis: les bastaba para vivir la pensión que este recibía de su casa, y aunque con mas estrechez, le pasaban tan felices y dichosos, como los amantes de los cuentos de hadas, despues de haber sufrido horribles martirios y crueles encantamientos.

Hubiera sido un crimen de lesa-pasión si alguno de los dos hubiera dudado en solo momento que aquellos amores iban á ser eternos.

Cuando Luis miraba á Margarita y esta le miraba á él, cuando las manos de la linda niña buscaban las de su amante para apretarlas entre las suyas, no hubieran cambiado su felicidad mútua por ningun cosa de los tesoros de la tierra, por ninguna de las realizaciones de los sueños ambiciosos que se había fraguado Luis á solas consigo mismo repasando en su mente la historia de la humanidad.

Cuando alguna duda venía á cruzar con la rapidez del ave que hunde el espacio, el corazón de alguno de los dos, un pliegue de pena se marcaba en su frente, y entonces el que no había sentido esta frialdad, imprimía sus labios sobre los labios de su amante, y de este beso brotaban dulces sonrisas que siempre se traducían por mundos de esperanzas.

Si alguno de esos hombres de frío corazón y de pensadora cabeza hubiera asomado la suya por la ventana del cuarto que habitaban, ó por la rendija de la puerta, y hubiera visto una mujer pura y enamorada como una bacante de balada, y un hombre jóven y apasionado, con los sueños ambiciosos de la juventud y las ilusiones ricas de colorido y henchidas de fuego, que producían en un corazón sin mancha los primeros amores, hubiera añadido este nuevo grupo á la inmensa galería de amantes fieles, y hubiera exclamado con toda la efusión de su alma como el poeta:

No es este mundo tan malo
A falta de otro mejor.

Y es verdad; para el que lleva una aspiración en el alma, para el que desea ver realizada una esperanza, para el que solo ambiciona ver cumplido un sueño de paz y de ventura y logra su aspiración, cambia su esperanza en una realidad mas grata que la esperanza, y realiza su sueño, el mundo es una gran cosa, la vida pasa como un canto de amor, como una séria de perfumes que suben en tiernas espirales al cielo sin emponzoñarse nunca, como un arroyo cristalino que murmura sin empesarse.

Así pasaba la vida de Luis y Margarita: cada vez se querían mas, y en las largas horas que pasaban juntos mirándose sin testigos, habiéndose con ese lenguaje de los ojos tan fiel de traducción, no hubieran nunca sospechado que el amor puede muy bien no ser eterno, y que todo pasa porque es ley del mundo.

(Continúa.)

AGUSTIN BONNAT.

EL DINERO.

Yo nunca he estado en Inglaterra, pero dicen los franceses que allí todo se compra y se vende, todo tiene su precio, y nada hay que no pueda pagarse con el dinero. Los franceses son los que cuentan la siguiente aventura que se supone sucedida en Londres:

El general Reece, ayudante del duque de Wellington, estaba casado y no quería mucho á su mujer, pero en cambio adoraba al dinero. Su mujer, francesa de origen, había sido muy hermosa y conservaba muy buenos restos de su belleza. Pero la que verdaderamente merecía particular atención era su hija, que pasaba por la jóven mas linda de los tres reinos.

Cuando la coronación de la reina Victoria, concurría á casa del general un jóven francés llamado Eduardo Beaumont, á quien distinguía particularmente Mr. Reece, sin duda por el espíritu de nacionalidad. Eduardo se enamoró de la hija, y la madre á quien constaba que su paisano poseía un caudal muy decente, aprobó estos amores y prometió favorecerlos en cuanto pudiese. Pero el general tenía otras ideas, y había destinado su hija á un riquísimo banquero de quien tenía recibida ya palabra, sin embargo de que nada había dicho ni á su mujer ni á su hija.

Una noche que había gran reunión en casa del general, observó este que Eduardo parecía dirigirse con gran obsequio á su mujer, y al momento le ocurrió la idea de sacar partido para pagar la dote de su hija. Para ello dió las convenientes instrucciones á su mujer como se acostumbra en tales casos, mandándole que estuviese á solas dentro de muy pocos momentos con Eduardo en una habitación inmediata y que avisase el momento favorable.

No tardó en oírse el sonido de una campanilla, que era la señal con-

venida, y el general que estaba jugando se levantó con mucha tranquilidad y dijo al banquero y á otro que eran los que jugaban:

—Vengan dos á servir de testigos en un negocio importante.

Varios criados tomaron luces, y los testigos siguieron al general con el mismo sosiego que si fuesen á ver una corrida de caballos.

Abrió al fin el marido una puerta con gran tiento, y de repente se presentaron todos para ver... no á la mujer, sino á la hija del general en plácida conversación con Eduardo.

—¿Pues y mi mujer? preguntó el general.

—General, dijo con amabilidad el banquero, os vuelvo vuestra palabra, porque esta señorita deba casarse con un lord.

—General, añadió Eduardo, perdonaos y casadlos.

—Nada de eso, respondió el general. Crawford (el banquero) me ha dado su palabra delante de testigos, y tendrá que casarse ó pagar una indemnización.

—Pagaré antes que casarme. Me encargo de dotar á la señorita.

—Pues entonces, dijo el general, que se case con quien quiera.

A UNA PILAR DE HERMOSOS OJOS.

Ciñe, Pilar, la venda
por esos ojos,
que si la luz es mucha
no mata poco.

Y es cosa fuerte
donde se brian gustos
hallar la muerte.

Al verte amor con venda,
por burla y juego
se hará tu lazerillo
báculo ó perro.

Mas ten en cuenta
que una ciega y un ciego
andan á tientas.

¿Quieres á tal peligro
remedio sabio?
Pues toma con la venda
sus flechas y arco;
Que al punto mismo,
aunque te viaten faldas
serás Cupido.

Dios ya entonces y no Diosa
sin miedo alguno,
podrás venir conmigo
corriendo el mundo.
¡Oh qué buen lance,
Mentor yo y tu pupilo,
é ir de visja!!!

EL SOLITARIO.

EPIGRAMAS.

« Si nuestros padres primeros
» Hubieran obedecido
» (Decía un cura afligido),
» « Aun iríamos en coeros. »
Y un sastré que el diablo tenga,
Loco exclamó: « voto á Sanes !
¡ Qué ciertos son los refranes !
No hay mal que por bien no venga. »

Riñendo un chico con otro
« Rabia, gran burro, le dijo
Que tú no tienes un potro
Como el que hay en mi cortijo. »
Y el otro le contestó
No sabiendo que mentar
Que aquel pudiera envidiar;
Rabia ¡ soy burro y tú no.

V. M. MULLER.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO de INSTRUCCION, á cargo de D. G. Alhambra.